

ASÍ FUE EL DÍA DE RUBALCABA

«Sólo avísame de las llamadas importantes»

MANUEL SÁNCHEZ / Madrid
Alfredo Pérez Rubalcaba suele trasladar muchas reflexiones políticas al ámbito deportivo y le gusta jugar con símiles y metáforas haciendo comparaciones entre ambos escenarios.

Por ello, a buen seguro que frente al debate de anoche debió de pensar que la jornada de ayer la debía afrontar más que nunca en solitario, como prácticamente ha hecho durante toda la preparación para la confrontación política en televisión con su adversario, Mariano Rajoy.

Rubalcaba cree que aunque son necesarios los consejos y enseñanzas de los

Se encerró solo en su despacho cinco horas para ultimar sus ideas

entrenadores, de los amigos y de los entendidos, al final es uno el que está solo en la línea de salida, quien debe planificar la carrera y de quien depende llegar primero a la meta.

Así que, de nuevo, Rubalcaba decidió afrontar en soledad la jornada previa al debate. Como esos corredores de 100 metros lisos que ya en la pista, y antes del inicio de la carrera, descargan todos sus nervios en solitario, concentrados, moviéndose de un lado a otro, sin ser realmente conscientes de lo que están haciendo.

Rubalcaba había anunciado que pasaría toda la mañana en casa y, por sorpresa, se presentó en la sede socialista

de la calle de Ferraz, en Madrid, a las 08.30 horas. Ya había tomado su desayuno habitual: zumo de naranja, café con leche y un cruasán.

El día anterior, sus colaboradores habían sido incapaces de convencerle hasta de que acudiera a la sede del partido al mediodía para grabar unas imágenes para las televisiones. Pero Rubalcaba cambió de opinión por la mañana, algo que ya casi no sorprende a sus asesores más cercanos.

Y, como suele ser habitual, Rubalcaba se encerró solo en su despacho. No quiso estar con nadie y, por primera vez en mucho tiempo, decidió separarse hasta de su móvil. El candidato entregó su antigualla de teléfono a uno de sus asesores más cercanos, a quien le dijo: «Sólo avísame de llamadas muy importantes».

Volvió su despacho a preparar fichas, a leer los *tuits* de sus seguidores, y sólo salió del mismo para pedir alguna documentación a su secretaria. Es decir, Rubalcaba ultimó el debate reunido consigo mismo hasta el final.

Ya al mediodía llamó para comer a sus dos asesores más cercanos: su jefa de campaña, Elena Valenciano, y el sociólogo Nacho Varela.

Con ellos degustó el menú del día de la cafetería de Ferraz: una ensalada y una pechuga de pollo a la plancha.

Luego, se fue a descansar un poco, para empezar a las 19.00 horas con todo el protocolo previo al encuentro.

Salió de Ferraz a las 20.45 horas. En su coche sólo le acompañó Elena Valenciano. Aunque parezca mentira, dicen que estaba nervioso.



Mariano Rajoy, anoche, antes del debate. / ALBERTO DI LOLLI



Alfredo Pérez Rubalcaba se prepara para el cara a cara. / A. D. L.

ASÍ FUE EL DÍA DE RAJOY

Ensayo con su asesor Arriola de 'sparring'

C. REMÍREZ DE GANUZA / Madrid
En el PP no acababan ayer de creerse que Rubalcaba preparara solo el debate en el que se juega la campaña electoral. Con ser Rajoy aficionado a trabajar con los codos, su entorno confesaba que no hay quien afronte un combate dialéctico de esta envergadura sin un buen *sparring*. Y Rajoy, en este asunto, lo tenía claro, y eligió a su principal asesor y sociólogo de cabecera, Pedro Arriola.

Con él se encerró el candidato en su propia casa durante toda la jornada –después del preceptivo paseo de la mañana–, donde también co-

ción de contestar a Zapatero en su discurso sobre la Guerra de Irak.

El gran objetivo de Rajoy ayer era procurar llevar el agua al molino de la economía y en lo demás, no arriesgar. Ni siquiera con una carta tan fácil, según los *populares*, como el caso Blanco el día en que éste cobraba tintes de *escandalazo*. Eso sí, llevaba la carta preparada, en caso de necesidad, con vistas al tercer bloque, el más abierto del debate.

Lo de menos, en el ensayo de Rajoy, eran el volcado de datos y fichas cumplidamente proporcionadas por las autonomías del PP. Lo de más, ganar una contienda en la que Rajoy se juega su orgullo, por encima de unos cuantos puntos en la campaña.

En realidad, y en aras de ese objetivo, Rajoy no hizo ayer nada extraordinario. Tan previsible en todas sus cosas, ni siquiera cambió un ápice el esquema de selección del equipo que le acompañaba. En sustitución de Pío García-Escudero y de Gabriel Eloorriaga (2008), se llevó a los actuales director de campaña y portavoz, Ana Mato y Esteban González Pons. Junto a ellos, el propio Arriola, la directora de Comunicación, Carmen Martínez Castro, y el director del departamento de Telegenia, Jorge Rábago.

Del equipo, la aportación más singular para el candidato iba a ser la de su amigo personal Tomás Iribarren, gallego como él y delegado suyo en el Comité Electoral Nacional. Pese a ser hombre tranquilo, sosegado y debidamente entrenado, Rajoy necesita a su lado a alguien que le dé ánimo y calor.

Comió con su esposa y le acompañó luego un viejo amigo

mió al mediodía, únicamente acompañado por su mujer, Elvira Fernández.

El ejercicio más difícil de cuantos ensayó el candidato con su *sparring* fue el de apretar bien los dientes y no entrar en las más malévolas provocaciones.

Pese a que en la cúpula del PP se decían ayer convencidos de que Rubalcaba iba a ofrecer en el debate una imagen mucho más templada que la que da en campaña, el gran objetivo del cuerpo a cuerpo, la línea roja que el favorito en las encuestas no debía cruzar es el contraataque personal. Y a eso se dedicó todo el día de ayer. No fuera a errar en lo mismo que en 2008, cuando cedió a la tenta-

de que la escogida por Rajoy para debatir se asimilaba mucho a una que *El Folloneiro* compró para él en un mercadillo a menos de tres euros.

Ciertamente, un debate no es el mejor momento para innovar estilísticamente sobre el viejo uniforme político. Por eso, hace ya una semana Rubalcaba anunció que para la cita optaría por una camisa celeste «porque siempre las llevo». En cambio, Rajoy prefirió anoche la pureza y bondad del blanco (en EEUU, aún hoy, es la que se refiere a los trabajadores administrativos, mientras que la escogida por el candidato socialista se prescribe para los que realizan trabajos de tipo manual). El azul suele ser un tono muy recomendado por los asesores de imagen españoles desde que José María Aznar lo utilizara en el primer debate de 1993, frente a la alba de Felipe González (en la segunda vuelta ya copió a su contrincante). Y aunque el *popular* no ganara en aquel combate sólo

por su estilismo, sigue la creencia de que es el color más favorecedor en los encuentros televisivos, sin saber que son el decorado y la indumentaria del rival y el árbitro los que dictan la mejor opción cromática. De hecho, el moderador, Manuel Campo Vidal, tenía preparadas distintas corbatas por si coincidía con alguno de los dos participantes. No así camisas, ya que la de Rubalcaba era idéntica.

Aunque el socialista muestra siempre mayor comodidad y desparpajo al moverse con el traje –lo demostró también ayer cuando se desplazó por el *photocall* con la mano en el bolsillo–, frente a la poca gracia que la altura le resta al líder *popular*, ayer la chaqueta le vino grande. En el saludo a las cámaras no se divisaron los dos centímetros reglamentarios que deben asomar de manga bajo la americana. Sin embargo, como durante el cara a cara sólo importa el busto parlante, Rubalcaba se recortó mejor la barba que Rajoy.

Mimetizados

LA PUESTA EN ESCENA
PATRYCIA CENTENO

En un principio, los participantes sólo se diferenciaron por la camisa. En lo demás, mimetizados: trajes oscuros y corbatas azules. No era conveniente para el candidato socialista presumir de rojo corporativo, y su mujer –que siempre escoge sus corbatas– se decantó por una de un azul intenso. Si bien la de Alfredo Pérez Rubalcaba llevaba unos discretos y diminutos lunares blancos, a él, que nunca se le tuerce, al ponerle el micro le fastidiaron el plano sin que recayera durante todo el primer bloque en el error. Así que, pese a su reconocida facilidad para la oratoria, fue difícil

no dirigir la mirada hacia la corbata. Aunque se le antojó por aquel entonces como una especie de talismán, tampoco Mariano Rajoy se atrevió con la granate de sus dos cara a cara con José Luis Rodríguez Zapatero (2008). Con una de un tono más claro que la de Rubalcaba (las siglas de su partido ya le prestan esta vez la seguridad que necesita) y percatado del fallo estético de su rival, nada más sentarse comprobó que la suya estuviera en su sitio; lo estaba.

Fue sobre esta prenda sobre lo que más se escribió en las redes sociales mientras duró el debate. El presentador de *Salvados* (La Sexta), Jordi Évole, obsequió el domingo a los dos candidatos con distintas opciones de corbatas para que las llevaran en su encuentro. Dio la casualidad